

vó á un Trono, sustituyéndole sin recato por una persona de origen muy humilde en comparacion con su régia estirpe. Antes dijimos de qué manera dominaba la codicia al difunto Rey Fernando; y ahora debemos añadir en honor de la verdad, que su viuda le superaba en esta pasion despreciable.

En efecto, Cristina se mostró desde luego más avara que su esposo. Apenas éste murió, la Reina Gobernadora despidió á todos los dependientes de la cocina régia, y trató con un repostero francés para que le diese de comer á ella y sus hijas por la cantidad de 40.000 reales anuales, dejando á su servidumbre el cuidado de mantenerse de su sueldo.

Su avaricia la ocultó bajo la halagüena forma de la economía, y con el pretesto de dar buen ejemplo á las clases aristocráticas, bastante disipadoras en verdad en nuestra Nacion. No se desdeñaba de ocuparse en ciertas faenas y labores domésticas propias de las mujeres, y su espíritu económico llegó hasta el extremo de sustituir el herraje de las puertas y ventanas del Palacio Real que eran de plata maciza con otras de más vil metal, guardándose las pesadas cerraduras de plata que no eran sin duda de un gusto elegante, y se cuenta que hizo vender en pública almoneda á las puertas de Palacio, las ropas, muebles y objetos preciosos que habian pertenecido al difunto Monarca.

La mayor parte de las riquísimas alhajas de la Corona que existian en vida de Fernando VII, desaparecieron cuando éste murió, como tampoco aparecieron 25 millones de duros que se decia que el Rey tenía depositados en el Banco de Inglaterra, y eran el producto de sus ahorros, y del tráfico de que antes habíamos.

No será, pues, de estrañar que esta mujer, que vino de Nápoles sin otra dote ni fortuna que sus gracias y sus virtudes, haya llegado en estos últimos tiempos á reunir una de las fortunas más colosales que se conocen en Europa. Verdad es que además de lo que dejamos apuntado, ha de tenerse en cuenta que en su cualidad de Reina Gobernadora, manejó desde la muerte de su esposo, y aun antes de ella, la fortuna, bienes y rentas de sus hijas, y hasta los fondos del Erario público hasta el año de 1840, sin que conste que jamás haya rendido cuentas de su administracion.

¿Era posible que una Reina como la que hemos procurado bosquejar simpatizase con las ideas liberales y quisiera hacer al Pueblo partícipe de la Soberanía que en sus manos habia sido depositada? De ninguna manera; pero la irresistible fuerza de las circunstancias y la lógica de los acontecimientos la hicieron forzosamente doblegarse y aparentar sentimientos que no poseyó jamás. El partido absolutista la habia vuelto la espalda y empuñaba las armas para derrocarla; los generales que permanecian fieles, y los hombres más eminentes que la servian, no sólo aconsejaban, sino exigian que para salvar el vacilante Trono de Doña Isabel, se llamase en su ayuda al partido liberal. No fué posible resistir por más tiempo, y la Reina Gobernadora tuvo que admitir á principios de 1834 la dimision del ministerio de Cea Bermudez, cuyas ideas de despotismo ilustrado no eran por entonces realizables.

Para formar un ministerio que contemporizase con las ideas de los liberales, á quienes era preciso dar participacion en la gobernacion del Estado, llamó la